

EL JUEGO DE DAGMARA Y EL JUEGO DE LOS ASTRÓNOMOS

Eduardo Unda-Sanzana

Unidad de Astronomía, Universidad de Antofagasta

La primera vez que vi una imagen de la pelota de golf, la esférica protagonista del Juego Mixto de Dagmara Wyskiel, la entendí como algo muy diferente a lo que resultó ser. No había leído acerca de esta creación artística, de modo que absorbí y procesé la escena tal como me llegó: Nieve, las antenas de ALMA y una luna gigante que alguien había hecho rodar en la planicie de Chajnantor, a mitad de camino entre la tierra y el cielo. Me pareció ingenua la representación de los cráteres lunares, tan regulares y homogéneamente distribuidos, y encontré que era una falta lamentable no representar los mares de nuestro satélite (que no son verdaderos mares de sal y agua sino que es el nombre romántico que reciben los oscuros valles de lava seca en que la tradición popular gusta de ver imágenes de animales o personas). Así y todo me pareció interesante que alguien invirtiera su tiempo y energía en este ejercicio, el cual me imaginé que tendría que ver con algún proyecto educativo. ¿A lo mejor el concepto era que, así como los astrónomos pasan sus días y noches observando los astros, ahora los astros habían venido a devolvernos la mano y se paseaban entre telescopios, antenas, domos y salas de control?

Unos meses más tarde me sonrojé un poco cuando descubrí que la luna en cuestión era en realidad una pelota de golf. ¿Una pelota de golf gigante en un observatorio? La pregunta durmió en mi cabeza hasta que me tocó la fortuna de estar en una presentación que Dagmara hizo de su proyecto, y habló de este juego gigante en que la cancha de golf es el mundo y la pelota salta de un lugar a otro sin preocuparse tanto por el *score* como por el paseo y por lo que éste representa. Descubrí que este objeto, que para mí se había transformado de luna en pelota de golf, tiene a su vez un poder que le permite viajar transmutando el mundo a su paso. A diferencia de los objetos de Duchamp, que se vuelven obras de arte cuando se los pone en un recinto en que se exhiben obras de arte, este objeto de Dagmara convierte al espacio que visita en un

lugar de juego simplemente porque el objeto que ella ha creado es el accesorio de un juego y es más poderoso que el espacio que visita. ALMA se volvió de pronto un sitio en que cualquier cosa podría ocurrir. Quizás un gigante aparecería de entre las montañas buscando la pelota que había lanzado desde más allá de la frontera. Quizás la pelota se aburriría de ser pelota y se entusiasmaría, después de todo, por ser luna. Quizás los radiotelescopios resultarían ser también elementos de un juego que, llegado el final de la jornada, tendríamos que guardar en su caja antes de irnos a dormir.

Me gusta imaginar que, producto de su paseo por el mundo, la pelota de golf acaba llevándose un poco de cada lugar que visita; que nunca queda perfectamente limpia así que al final de su viaje lleva consigo un muestrario de lo que ha recorrido. ¿Qué me gustaría que se hubiera llevado de su paso por ALMA? El aire delgado, que deja en evidencia la frágil y mínima capa que habitamos entre una esfera de roca y la nada interplanetaria. La arena, claro, que cada día se convulsiona entre el calor inmitigado de las horas de sol y el frío casi perverso de las noches del desierto. La luz estelar, esa bendición cósmica que ilumina el norte de nuestro país con la única luz que necesitan esas noches privilegiadas en medio de la oscuridad y el silencio. Y bueno, ya que rodaba por un radio observatorio, es justo esperar que se llevara consigo un poco de la luz invisible que los radiotelescopios captan y que completa el arcoiris con colores para los que nuestros sentidos no bastan.

La pelota ya se ha ido de aquí; un golpe gigante de imaginación la ha lanzado hacia el sur de Chile (lo que no es mucho decir, pues cuando se vive en el norte todo el resto del país es sur). Pero no se lleva con ella todo el juego. Cada noche (y en los radio observatorios cada día y cada noche) los astrónomos juegan el juego de decodificar el Universo. Es un juego complejo, en que buena parte consiste en descubrir qué reglas tiene. Conocemos el tablero y muchas de sus piezas. Sabemos cuántos puntos ganamos o perdemos al hacer ciertas jugadas con nuestros instrumentos. A veces, tras muchas jugadas, reconocemos algo que parece ser una regla, la que escribimos en un libro para no olvidarla y así dar a los jugadores que vendrán una ventaja que nosotros no tuvimos. En este proceso hemos hecho reflexiones audaces y descubrimientos

maravillosos. Hemos aprendido que vivimos en un universo que no ha dejado de inflarse (quizás alguna artista en un multiverso está inflando nuestro universo para usarlo como pelota de golf en su propio juego mixto). Hemos aprendido que lo que nos forma, a ti, a mí, a Dagmara, a la pelota, a los radiotelescopios, a este medio en que lees estas palabras, está todo hecho del material que alguna vez fue parte de una estrella: Nuestro Universo completo nació de un “bang” grande y nosotros de un pequeño pero no menos significativo “bang”, en el que se formaron todas las piezas Lego que, a nivel atómico componen cuanto forma nuestra experiencia cotidiana. Hemos aprendido también que muy probablemente no estemos solos. Nadie puede asegurarlo aún, pero la vastedad del Universo y lo que sabemos de ciencia y matemática nos hacen pensar que es ésta la respuesta más probable a la eterna interrogante.

No es un juego fácil el que jugamos; tampoco es rápido jugarlo. El premio, sin embargo, es un premio que es para todos. Cada vez que uno de nosotros hace la jugada correcta, es toda la Humanidad la que gana.